

# José Fernández de la Sota



José FERNÁNDEZ DE LA SOTA nació en Bilbao en 1960. Ha ejercido la crítica literaria, el periodismo cultural y el columnismo en diferentes medios. Como escritor, ha publicado una veintena de libros entre narrativa, poesía y ensayo. Ha recibido, entre otros, los premios de poesía Antonio Machado y Ciudad de Córdoba y los de narrativa Max Aub y Camilo José Cela. Ha obtenido en dos ocasiones (1997 y 2010) el Premio Euskadi de Literatura. En 2013 ha publicado el ensayo biográfico *Tiempo muerto (historias de escritores un poco raros)*, ilustrado por el pintor Pablo Gallo. Durante tres temporadas codirigió en la televisión pública vasca el espacio *Capital Cultura*. Actualmente se dedica a la realización de cine documental.

## Años con penitencia

Recuerdo aquellos años que nos llevaron a éstos. Los felices ochenta. Década prodigiosa. Todo el mundo parecía encantado de haberse conocido y el Ministro de Hacienda aseguraba que vivíamos en el país del mundo occidental donde uno podía hacerse más rico en menos tiempo. El dinero –ya nos lo había adelantado el Opus en los años 60- no era malo, era bueno y nos hacía mejores, por lo menos más ricos. La transición hacia la democracia había sido gloriosa y éramos un ejemplo universal. Nos admiraba el mundo. Franco se había muerto. Teníamos un rey que hablaba inglés. Los vendedores de humo hacían su agosto y empezaban a surgir como setas coleccionistas de arte conceptual, comisarios, expertos y gestores culturales que siempre estaban yéndose a Manhattan o volviendo de allí, como si no tuviese suficientes gusanos la Gran Manzana. Entonces Nueva York molaba mucho y unos y otros (vendedores de humo, artistas coceptuales, comisarios y expertos) hacían lo que podían para wharholizar aquel viejo país ineficiente del que habló Gil de Biedma.

Y estaba el suplemento de estilo de *El País* y sus anuncios para millonarios, ricos nuevos y viejos, ricos progres y carcas y ricos ambidiestros. Y estaban El Europeo y su fila de snobs y las novelas bobas de la nueva narrativa española y el cine de Colomo. Libros inanes de Patrick Modiano y un Modiano mediano en cada autonomía. Y desenterramiento de reliquias fascistas y películas cada vez más castizas de Almodovar.

Recuerdo que por entonces arrasaba la poesía llamada neosurrealista, que a mí me parecía amanerada, incomprensible y, sobre todo, cursi. Afortunadamente, aquello duró poco. Los poetisos y las poetisas se desinflaron pronto y empezaron a circular, seguros y veloces, los primeros autores de la denominada poesía de la experiencia. Pronto se formaría una buena banda. El problema es que siempre tocaban lo mismo. La música y, lo que es peor, la letra nos sonaban. La misma barra con el mismo vaso y el mismo camarero. Y al salir del local, la misma lluvia, el mismo taxi y la misma mujer de ojos negros aguardando en la esquina. Jóvenes veinteañeros evocando nostálgicos los años malogrados de la juventud, meditando en voz baja y largando insufribles palinodias morales. Entre celebraciones y elegías a ciegas se iba pasando el tiempo y allí nadie decía una palabra más alta que la otra.

Mientras tanto, en mi ciudad el paro no paraba y el desmantelamiento industrial era un hecho. La indignación crecía entre los obreros del viejo astillero Euskalduna, pero no entre los poetas, venecianos tardíos casi todos. Los poetas dormían y soñaban con largas avenidas neoyorkinas navegadas por góndolas o, en su defecto, atravesadas por rebaños cándidos de ovejas latxas.

Pasó el tiempo y siguieron pasando los rebaños. En los años noventa, un antólogo tardo de reflejos publicó un tomo que se tituló *Los poetas tranquilos*. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que yo era un poeta intranquilo, un poeta más bien indignado entre tanta reconversión naval, tanta góndola y tanta oveja latxa. Además mis poetas predilectos eran todos poetas intranquilos y desasosegados, poetas inquietos, poetas cabreados, poetas con mala leche y buen humor. No doy nombres. Acepto cualquier bicho menos poetas tranquilos. ¿Quién puede estar tranquilo en este perro mundo? Puede que algún poeta antologado en aquella tranquila antología invirtiese el dinero obtenido, no sé, con el Premio Nacional o el Loewe, en unas preferentes contratadas con Bankia. Todo puede pasar. Todo pasa. Todo acaba pasando. Y la poesía está en medio de todo. Quiero decir que está en medio del lodo. También en medio de esta democracia que, según parece, será salvada por un tal Pedro J. Ramírez. En fin, el que tenga un soneto que lo cargue y apunte a la cabeza.

